

Epistemología psiquiátrica: relación entre psiquiatría y posverdad

(Rev APSAN 2021,1(2): 95-112)

Daniel Tobar¹

“El espíritu humano avanza de continuo, pero siempre en espiral”.
Johann Wolfgang von Goethe

En el mundo contemporáneo existen grupos de personas que afirman de forma apodíctica que la Tierra es plana, que las vacunas son dañinas, que existen conciliábulos todopoderosos que dominan el mundo con fines pedófilos, etcétera. Estos grupos son capaces de contradecir sólidos constructos establecidos por la ciencia, proceso que durante siglos la Humanidad se esmeró por cimentar. En la práctica psiquiátrica habitual las ideas conspirativas pueden ser difíciles de distinguir de un delirio como síntoma. Frente a un paciente particular, ¿cómo distinguir una idea conspirativa de un delirio? A su vez, ¿cuál es la tradición epistemológica que ancla a la psiquiatría como ciencia biomédica para tratar a este tipo de pacientes? Por último, antes de hablar de posverdad, ¿qué entendemos por verdad?

Palabras clave: verdad, posverdad, delirio, psiquiatría, era del postfactum

¹ Médico becado de Psiquiatría. Departamento de Psiquiatría Oriente, Facultad de Medicina, Universidad de Chile.
danieltoobar@ug.uchile.cl

Tradición filosófica occidental y posverdad

El presente ensayo tiene por objetivo analizar la relación existente entre la clínica psiquiátrica y la posverdad, en cuanto a esclarecer cómo afecta dicho fenómeno contemporáneo a la salud mental de las personas, la cual, irremisiblemente, se verá de manifiesto en la práctica psiquiátrica habitual. La posverdad la entenderemos desde su interpretación más simple: aquella distorsión intencional de lo que es la realidad, en el sentido de que los hechos objetivos tengan menos influencia que la experiencia subjetiva a la hora de cómo los humanos sopesan la existencia. En dicho sentido, resulta difícil no coincidir con la definición propuesta por la Real Academia Española, en cuanto a sostener que la posverdad tiene una intención política de trasfondo, cuyo mensaje repetitivo busca incidir en la opinión pública inserta en determinada sociedad. La RAE (s.f.) define posverdad con los siguientes términos: *“Distorsión deliberada de una realidad, que manipula creencias y emociones con el fin de influir en la opinión pública y en actitudes sociales. Ejemplo: los demagogos son maestros de la posverdad”*.

No obstante, antes de hablar de posverdad primero hay que desentramar un misterio todavía más estético y, tal vez, por lo mismo, más esquivo: *¿qué es la verdad?* Para responder esta pregunta, a todas luces -filosófica-, resulta perentorio entender cómo la Humanidad ha concebido la verdad a lo largo de su existencia. Para dicho análisis, se debe estudiar filosofía desde una perspectiva histórica.

Protágoras fue un destacado filósofo presocrático, sofista que vivió entre el 490 y 420 a.C. en la edad de oro de la Atenas de Pericles. En la democracia ateniense, Protágoras se desempeñó como retórico sofista, recibiendo un estipendio como asesor legal a la hora de defender a ciudadanos imputados en procesos judiciales. Fue un hombre de espíritu práctico, quien consideraba la verdad como un concepto relativo al ser humano, en cuanto a ser interpretada necesariamente por la subjetividad del espectador. *“El hombre es la medida de todas las cosas”*, resume este precepto. Posterior a Protágoras estuvo Sócrates, férreo crítico de los sofistas, para quien la verdad constituía una realidad absoluta. Adelantado a Sócrates, estuvo su discípulo Platón, filósofo responsable de haber registrado el pensamiento socrático, aunque probablemente más trascendente aún, el de él mismo.

Para Platón la verdad debía ser un ente eterno e inmutable, pues esto consideraba Platón como verdad, una realidad avizorada y aseQUIBLE mediante nuestro raciocinio. Para demostrarle esto a sus contemporáneos recurrió a una fresca reminiscencia: el mito antropológico del humano cavernario. Planteó el mito de la cueva, con humanos paleolíticos observando pasmados la pared de una caverna y cuyas espaldas daban a la luz, siendo todo lo percibido una sombra proyectada desde el mundo de las ideas hacia las paredes de la cueva. En otras palabras, lo percibido por nuestros sentidos vendría a ser una proyección desfigurada de lo real proveniente del mundo de las ideas. En aquel mundo debía radicar lo real, ergo la verdad. Según Platón se tiene acceso a la verdad a través de nuestra mente o razón. Ciertamente, Platón concebía el mundo perceptible, el mundo material y tangible como una deformación sensorial de lo que es el mundo ideal, real o verdadero. Para ejemplificar esto utilizó argumentos pitagóricos. Fiel a la tradición matemática de la Antigua Grecia, la cual había demostrado que los ángulos interiores de un triángulo suman 180° o que el número π se repite decimalmente hasta el infinito a lo largo de una circunferencia. Según Platón, ¿dónde puede expresarse aquella realidad geométrica, eterna e inmutable en el mundo material? ¿Qué triángulo de pan, qué flor, qué ola del océano tiene ángulos internos que suman 180° ?

En términos platónicos, la matemática, ciencia lógica y racional por excelencia, al ser eterna e inmutable, debe ser por naturaleza verdadera. Para Platón la verdad es un concepto al cual solamente podemos acceder por medio de nuestra mente, obviando la información provista por nuestra sensopercepción. Desde esta perspectiva, las ciencias empíricas no son una forma válida de conocimiento, puesto el método científico necesariamente recurre a nuestra capacidad de observación del mundo natural. Por el contrario, la psiquiatría, como especialidad de la medicina, la cual por cierto es una disciplina derivada del saber biológico y fisiopatológico, heredera a su vez de la tradición de las ciencias naturales, pretende argumentar lo verdadero en torno a lo demostrado según el método científico. Este concepto de medicina y psiquiatría como ciencia, hoy por hoy recibe el nombre de medicina basada en la evidencia (Elstein, 2004). El conocimiento médico proviene de la demostración científica provista por ensayos clínicos aleatorizados, metaanálisis y estudios de farmacocinética y farmacodinámica que, a la postre, han significado

para la Humanidad una mejora en cuanto a sus condiciones de vida. Nada de ello habría sido válido sin el empirismo del método científico.

Planteada la disonancia entre el concepto platónico de verdad y el quehacer psiquiátrico, si para Platón lo real es una idea que está dentro de nuestra mente (como la perfección geométrica, algebraica o aritmética al cual tiene acceso nuestros logos), siendo nuestra sensopercepción una deformación de la verdad, ¿cómo se justifica epistemológicamente el empirismo en el cual se enmarca la psiquiatría como rama del saber científico? Hablando en términos gráficos, ¿cómo podemos afirmar que la psiquiatría es una ciencia biomédica que opera desde la verdad para objetivar y clasificar psicopatológicamente una idea delirante con contenido basado en teorías conspirativas? Para argumentar epistemológicamente dicha relación causal que explica el por qué la psiquiatría, como especialidad médica de salud mental, opera desde lo considerado verdadero para desentramar el fenómeno contemporáneo de la posverdad, debemos retroceder al estudio de un destacado discípulo de Platón: Aristóteles.

Según Aristóteles resulta redundante desdoblar la realidad en dos mundos paralelos: el mundo de las ideas y el mundo de las sombras. Según la lógica aristotélica, tal desdoblamiento corresponde a una tautología. Una indeterminación innecesaria y baladí al concebir la verdad como un concepto abstracto desarticulado del mundo físico y tangible. Por el contrario, Aristóteles no creía que la verdad fuera ajena al medio natural. Para rebatir a su maestro, en lugar de un argumento geométrico recurrió a una disquisición lingüística. Si para Platón todas las observaciones de un caballo tangible representado dentro de la mente debían ser la deformación de un caballo ideal y verdadero que únicamente existe en el mundo de las ideas, siendo inaccesible a nuestros sentidos; para Aristóteles la suma de la totalidad de observaciones de caballos expresados en el medio terminaba por encarnar el concepto de caballo en nuestra mente. En términos lingüísticos, la suma de apreciaciones de significados determina el concepto lingüístico y mental del significante. Por tanto, para Aristóteles la verdad no es un fenómeno racional y etéreo, sino que habita en los hechos materiales de las cosas. La verdad puede ser deducida por medio de nuestra experiencia a partir de nuestra sensopercepción. Y bien, este debate del Mundo Antiguo entre Platón y Aristóteles -maestro y discípulo-,

sembró la semilla de lo que fue la tradición del pensamiento occidental. Esto dio pie, milenio y medio más tarde, a la disputa entre racionalistas, como Descartes y Leibniz; versus empiristas, como Locke y Hume, acerca de donde radica la verdad. Si esta es asequible por medio de nuestra razón, como Descartes afirmara con el “*pienso, luego existo*”, o por medio de nuestros sentidos, como planteara Hume con su tesis de que la mente es un papel en blanco que alcanza su funcionamiento pleno gracias a nuestra experimentación. En suma, ¿la verdad radica en el mundo material o es más bien una abstracción?

Para contextualizar el momento del debate, los autores citados (racionalistas y empiristas) vivieron en el siglo XVI y XVII. Por su parte retomando el constructo de psiquiatría como ciencia, utilizando un silogismo aristotélico argumentaré que la psiquiatría pretende mejorar la salud de las personas haciéndose valer de la verdad. Según Ricardo Capponi (1992), psiquiatra chileno, la sensación es aquel estímulo del medio que excita determinado receptor sensorial, gatillando una corriente neuronal hacia un núcleo del cerebro de modo involuntario para que interpretemos nuestro entorno físico. Es un fenómeno arraigado *a priori* en lo biológico. Por su parte, la percepción es aquel fenómeno mental donde se interpreta inconscientemente el estímulo sensitivo. Por último, la representación es aquel constructo mental de lo otorgado por la sensopercepción, el cual experimentamos conscientemente como una imagen mental de lo percibido en nuestro medio. La representación está sujeta a nuestra voluntad. No obstante, ¿cómo definimos mente? Como aquel conjunto de sensopercepciones, pensamientos y afectos que deambulan de modo errante u orquestado en la interioridad de nuestra consciencia y que tiene un arraigo neurofisiológico (Tononi, 2015). Expuestos los conceptos, si el método científico se hace valer de nuestra sensopercepción para acceder a la verdad, y si la psiquiatría utiliza el método científico para acceder a la verdad; *ergo* la psiquiatría argumenta desde la verdad. Reforzando esta tesis: si estudiamos históricamente la tradición científica desde una taxonomía del conocimiento: si las ciencias biomédicas derivan de las ciencias naturales, cuya tradición epistemológica está anclada al empirismo del método científico, el cual radica perentoriamente en nuestra capacidad sensorial de percibir. Siendo la psiquiatría una especialidad de las ciencias biomédicas que utiliza el método científico para acceder a la verdad, entenderemos la psiquiatría

como una especialidad médica que pretende mejorar la salud mental y global de las personas haciéndose valer de la verdad.

Pero ¿cómo analizamos el fenómeno sucinto de lo que llamamos posverdad? Si tanto las ciencias fácticas como sociales se han abocado a elaborar teorías que demarquen el conocimiento humano como verdadero; hoy en día el fluir torrencial de información, canalizado a través de internet y redes sociales, ha dado pie al surgimiento de determinados conglomerados humanos que defienden teorías que contradicen groseramente lo demostrado por la ciencia. Para tales grupos, bastará recalcar con vehemencia emocional que lo demostrado con certeza no es verdadero, poniendo en duda la evidencia científica obtenida gracias a nuestro intelecto y sensopercepción a lo largo de la Historia, donde científicos dedicaron su vida para progresar como Humanidad. Pronunciaré una serie de ejemplos, acerca de los cuales, la naturaleza escuálida de su argumentación juzgo no es necesario detenerse (Achenbach, 2019). Ejemplo de grupos activistas que explotan el recurso de la posverdad son el movimiento antivacunas, contrario a la evidencia salubrista, médica e histórica en cuanto a sociodemografía y epidemiología; los terraplanistas contrarios a la geografía, astronomía y la geometría (de hecho, Erastótenes calculó por medio de la trigonometría, la circunferencia de la Tierra casi cien años antes de Cristo); el creacionismo moderno contrario a la evolución de las especies y la paleontología; el negacionismo que plantea que Neil Amstrong no pisó la luna, que Hitler pese a sus ideas nacionalistas y de superioridad racial no cometió crímenes de lesa humanidad o que fue un político de izquierda, o que el calentamiento global constituye una conspiración ecologista. Esto, como se vislumbra, en materia de ciencias políticas y sociales, se hace todavía más escabroso. Grupos conservadores reniegan que el género sea una manifestación sociocultural de lo que es la sexualidad humana, alcanzando un nivel de falseamiento todavía más inaudito en cuanto a lo que fines político-económicos refiere. Líderes mundiales apegados al nacionalismo y al conservadurismo como Trump o Bolsonaro, falsean la verdad deliberadamente utilizando recursos emocionales con el objetivo de perdurar en el poder. Pero una manifestación puntual del mismo fenómeno, aplicado al campo de la psiquiatría, es la abogacía que se le hace a la marihuana medicinal como terapia para alcanzar el bienestar, cuando ha sido demostrado que la marihuana se relaciona con mayor

riesgo de psicosis, crisis de pánico y trastornos del ánimo; siendo una droga de abuso que genera un deterioro en lo que a salud mental refiere (Volkow, 2016) (Curran, 2016). Cabe señalar, por cierto, que la propaganda que se le hace a la marihuana medicinal es con fines económicos y gananciales. Una institución realiza publicidad a la marihuana con el objetivo de venderla como medicina, y como nadie vende un producto señalando sus adversidades, lo lógico es hablar sobre los supuestos beneficios del producto. Esto, aplicado a Chile, es lo que hace la Fundación Daya para promocionar sus productos de *cannabis*, obteniendo réditos económicos del cultivo masivo de marihuana.

Este escepticismo hacia la evidencia científica es una forma de posicionamiento de la creencia por sobre el rigor de la verdad empíricamente demostrada. En otras palabras, los límites entre verdad y mentira, realidad y ficción se difuminan en el vacío subjetivo que corresponde a nuestro vivenciar individual. En ese sentido, si la posverdad fue el término acuñado para denominar dicha retórica discursiva capaz

“
Este escepticismo hacia la evidencia científica es una forma de posicionamiento de la creencia por sobre el rigor de la verdad empíricamente demostrada. En otras palabras, los límites entre verdad y mentira, realidad y ficción se difuminan en el vacío subjetivo que corresponde a nuestro vivenciar individual.

de falsear la luz de los hechos; donde, *ipso facto*, como Humanidad nos hemos vistos retornados a la era presocrática del sofista Protágoras, en cuanto a que lo humano es la medida de todas las cosas. Y si los hechos son falseables mediante el recurso de la posverdad, cuando hablamos de hechos no estamos hablando de hechos en sí, sino de *postfactum*. Hechos desfigurados emocionalmente mediante el recurso de la posverdad. Nuestra época actual

es la *Era del postfactum*, y en lo que a psiquiatría refiere, dicha manifestación social del existir corresponde a un campo teórico abierto a la argumentación intelectual. Porque, ¿cuáles son los caminos que debiese recorrer la psiquiatría como ciencia biomédica dentro de la incertidumbre del *postfactum*?

Para analizar como puede afectar el contexto temporal a la mentada disciplina, recurriré al análisis de la naturaleza de los delirios. Un delirio corresponde a un

síntoma psicopatológico del contenido del pensamiento relacionado el concepto de psicosis. Que un paciente diga que es hijo de dios, que viene de los ovnis o que la Tierra es plana puede interpretarse como un delirio; como la locura manifiesta hablando por sí misma. La psicosis, por su parte, en psiquiatría corresponde a un síndrome psicopatológico caracterizado por alteraciones de la estructura del pensamiento, del contenido del pensamiento (donde se ubica el delirio como síntoma) y alteraciones de la sensopercepción; donde, como profesionales de salud mental, afirmamos que el juicio de realidad del paciente está alterado (Capponi, 1992), o sea, vulgarmente que está loco o loca. Por ejemplo, dentro de la nosología psiquiátrica, un síndrome psicótico puede corresponder a la manifestación de diferentes entidades nosológicas que corresponden a distintas etiopatogenias. La esquizofrenia, la psicosis exógena por drogas o una enfermedad orgánica como el lupus eritematoso sistémico pueden manifestarse como un síndrome psicótico. Sin embargo, si distintas etiologías pueden debutar con un síndrome psicótico, ¿cómo la evaluación psiquiátrica puede distinguir entre distintos diagnósticos diferenciales? Para responder esta pregunta, debemos abocarnos a la naturaleza evolutiva de los síntomas que componen la psicosis. Definiendo: la semiología clínica es aquel cuerpo de conocimiento orientado a identificar las manifestaciones patológicas de las enfermedades mediante síntomas y signos, con el objetivo de saber como interpretarlas con un objetivo diagnóstico y terapéutico. Dicho esto, la alucinación es un síntoma que corresponde a una alteración de la sensopercepción. Se perciben como verdaderos estímulos que no existen en el medio. Un enfermo con alucinaciones escuchará voces en su mente o verá visiones que nadie más puede ver con él. Solamente así se interpretará aquella sensopercepción como alterada, porque sólo el paciente psiquiátrico puede verlas. Enfatizando, una alucinación corresponde a un síntoma donde la sensopercepción de la realidad está alterada, es un dato falso en nuestro yo. Por su parte, el delirio corresponde a una alteración del contenido del pensamiento, en el sentido de que es una idea disparatada que no se condice con el contexto sociocultural del medio. Por ejemplo, para una tribu haitiana el vudú puede constituir una verdad, para un entorno escolástico hablar de dios puede ser una verdad, así como también para una secta terraplanista que la Tierra sea redonda puede constituir una conspiración científicista. Todas estas ideas mencionadas se enmarcan en el contexto sociocultural del lugar y época donde

hayan sido concebidas, obviando si son ideas falsas o verdaderas. Pues bien, es específicamente en cuanto a la manifestación de los delirios donde pienso centrar la argumentación; porque en un mundo postfáctico, donde la realidad de los hechos puede ser falseada deliberadamente por medio del recurso reiterativo de la posverdad, la cual apela a la emoción y subjetividad del receptor, ¿cómo podemos interpretar la naturaleza de los delirios desde la óptica de la posverdad de forma rigurosa en un contexto clínico? A su vez, ¿cuáles son los pilares epistemológicos que posicionan a la psiquiatría como una disciplina capaz de sopesar lo psicopatológico en línea con lo que entendemos por verdad como absoluto?

Por mucho que la ciencia sea un constructo sólido de conocimiento, su rebatir no debe ser considerado necesariamente como una manifestación psicopatológica del pensamiento (March, 2019) (Goreis, 2019) (Pies, 2021). En efecto, la realidad del mundo físico no necesariamente se condice con la estructura lógica de nuestro pensamiento. Durante siglos la Humanidad pensó intuitivamente que la Tierra era el centro del Universo porque veía rotar el sol entorno a ella. Extrapolando más, las leyes de la física cuántica corresponden a realidades todavía más difíciles de comprender mediante el mero raciocinio. ¿Cómo debiese interpretar nuestra mente que ni la luz puede escapar de la gravedad infinita de un agujero negro? Entonces, que un individuo afirme que la Tierra es plana, por mucho que no sea cierto, no necesariamente corresponde a un delirio en sí, sobre todo si existe una tribu de personas que comparte tal idea en las redes sociales. Entonces, ¿cómo podemos distinguir un delirio patológico de una idea sobrevalorada filiada al *postfactum*? Para responder tal interrogante, se hace necesario recurrir al método fenomenológico planteado por Karl Jaspers (1977), psiquiatra alemán de principios del siglo XX que integró el método fenomenológico a la práctica psiquiátrica. El método fenomenológico de Jaspers corresponde a un proceder en la evaluación psiquiátrica cuyo objetivo es distinguir la naturaleza psicopatológica de los delirios. Para Jaspers existieron dos tipos de delirios: las ideas delirantes primarias, en términos fenomenológicos -no comprensibles-, propias de la esquizofrenia, por ejemplo; y las ideas deliroides secundarias, fenomenológicamente comprensibles bajo la óptica del tono afectivo del paciente. Según Jaspers, las ideas delirantes, patológicas *per se*, deben ser afirmadas con certeza apodíctica, en el sentido

de que el individuo las vivencia con insólita certeza, aferradas a una convicción extraordinaria que resulta impermeable a la demostración empírica (Ivanovic-Zuvic, 2000). En otras palabras, las ideas delirantes no se modifican a la luz de la experiencia. Además, las ideas delirantes primarias corresponden a ideas nuevas, no surgidas de la historia biográfica ni la personalidad del sujeto, experimentándolas el clínico como ideas no comprensibles, siendo no susceptibles de empatía. Este tipo de delirios primarios son propios de patologías como la esquizofrenia o los trastornos delirantes. Por su parte, los delirios secundarios surgen a partir del tono afectivo del paciente, de su biografía, pudiéndolos vivenciar el examinador con empatía y comprender de donde vienen. Aclarado esto, Jaspers integró el método fenomenológico a la psicopatología psiquiátrica, en el sentido de que el clínico sea capaz de interpretar rigurosamente la vivencia fenoménica del enfermo. Graficándolo por medio de un ejemplo, no es lo mismo que un joven de veinte años, estudiante laborioso y deportista previamente sano, comience a declarar insospechadamente que todas las noches conversa con la Tierra, la cual le comenta por medio de un susurro dentro de su mente acerca de su naturaleza plana; a que una mujer de treinta años, perteneciente a una secta espiritual a la cual se integró después de una separación conyugal, afirme que la Tierra es plana en conjunto a 33 personas más de su entorno sectario. Lo apodíctico, por su parte, se expresará en si el uno o la otra son capaces de cuestionar la certeza del delirio, si mantiene el beneficio de la duda. Por su parte, la capacidad de cuestionamiento en torno a la experiencia es una característica necesaria de la ciencia; aunque, más bien, de todo ser humano que conserve el sano juicio. Que dicha capacidad de cuestionamiento esté intacta es una forma de preservar el juicio de realidad. Vale decir, el método fenomenológico jaspersiano es un método útil para clasificar psicopatológicamente una idea delirante con contenido propio de la era del *postfactum*.

Epistemología psiquiátrica: hacia una definición de la verdad

Empero, si la fenomenología clínica es el campo teórico mediante el cual la psicopatología establece la matriz de su análisis, un clínico apto debiese ser capaz de interpretar rigurosamente la vivencia del enfermo con el objetivo de catalogarla como psicopatológica o no. Gráficamente, para determinar si un tipo que afirma

que la Tierra es plana está loco o no, al evaluar globalmente la pléyade de síntomas manifiestos en su biografía y discurso temporal. En términos de Jaspers (1977, p. 78), la psicopatología *“tiene la misión de representar intuitivamente los estados psíquicos que experimentan los enfermos, según sus condiciones de afinidad, se limitan, se distinguen y se aplican términos precisos”*. La psiquiatría es una especialidad médica híbrida entre lo que son las ciencias biomédicas y las ciencias sociales. Entonces, si desde el enfoque biomédico se puede analizar experimental y cuantitativamente la conducta humana, por ejemplo con el objetivo de saber si determinado psicofármaco empeora o mejora los síntomas anímicos mediante la modificación de neurotransmisores cerebrales; no se debe omitir que la evaluación clínica, a través de la entrevista psiquiátrica y el examen mental, corresponde a un método dialéctico mediante el cual la fenomenología clínica resulta útil a la hora de analizar e interpretar rigurosamente las vivencias del paciente, esto, desde una perspectiva insoslayablemente subjetiva, como viene a ser el juicio particular del psiquiatra examinador. De hecho, una de las diferencias medulares entre la psiquiatría descriptiva o fenomenológica y la psiquiatría psicodinámica es que esta última concibe el carácter inherente e insoslayable de la subjetividad del clínico, mientras que la primera aspira a una objetividad ideal. Agregando, una de las principales diferencias existentes entre psiquiatría y el resto de especialidades médicas es que no existe en psiquiatría un examen cuantitativo laboratológico o imagenológico que confirme que determinado ser humano padezca esquizofrenia, bipolaridad o un trastorno esquizoafectivo; enmarcado en la pléyade sintomatológica que engloba la psicosis (Gaebel, 2015) y que el ojo acucioso del psiquiatra debe diagnosticar y tratar terapéuticamente, esto con el fin de proveer al enfermo su dignidad ayudándolo a tener mejor salud mental, intentando conciliar su mirada subjetiva con la objetividad fenomenológica del síntoma psiquiátrico.

Pero si la psiquiatría es la especialidad médica encargada de diagnosticar y tratar los diferentes trastornos mentales susceptibles de catalogarse y agruparse nosológicamente en determinado constructo psiquiátrico de conocimiento, como son el DSM 5 o el CIE-10. Y el concepto de verdad en el presente ensayo no ha sido definido con precisión si corresponde a una realidad material o abstracta. ¿Cómo puede aspirar la psiquiatría a encasillar los fenómenos mentales en términos de

verdad y posverdad? (Rojas, 2019). A la inversa, ¿puede un fenómeno mental no ser una verdad, siendo por ende una mentira? Para desarrollar tal cuestionamiento, no fue coincidencia el haber detenido el análisis histórico de la filosofía en la disputa acerca de la naturaleza de la verdad que primero sostuvieron platónicos y aristotélicos, dando pie posteriormente a la disputa entre racionalistas y empiristas.

Se dijo que Karl Jaspers integró el método fenomenológico de la filosofía a la psicopatología. No obstante, ¿de dónde proviene la fenomenología como concepto? ¿Además, qué entendemos por fenómeno? La utilización de este concepto se le atribuye al filósofo alemán Immanuel Kant. Porque, si para los empiristas la verdad del conocimiento radicaba en la experiencia y para los racionalistas la verdad del conocimiento radicaba en la razón; Kant vino a resolver dicha disyuntiva histórica introduciendo el concepto de idealismo trascendental. Kant se dio cuenta que sólo se podía hablar del espacio-tiempo desde un punto de vista inefablemente humano. En efecto, una de las citas más famosas de *Crítica de la razón* (2005) pura Kant afirma: *“las intuiciones, sin conceptos, son ciegas; los conceptos, sin intuiciones, son vacíos; sólo de su conjunción surge el conocimiento”*. En otras palabras, tanto la razón como la experiencia son necesarias para la comprensión del mundo y la verdad. En términos kantianos, el fenómeno es aquella manifestación que la realidad ofrece a nuestra sensopercepción. Por su parte, acuñó el concepto de noúmeno para definir aquella realidad existente pero inaccesible para nuestros sentidos, siendo, por tanto, incognoscible para nuestra razón. Para Kant, fenómenos como el espacio, el tiempo y nuestro sentir individual corresponden a una manifestación del fenómeno posicionado en nuestra razón a través de la experiencia; mientras que el noúmeno corresponde a aquella realidad en sí que no puede experimentarse ni conocerse, siendo ajeno tanto a nuestra razón como experiencia.

Pero si un fenómeno corresponde a un evento perceptible surgido del noúmeno y percibido gracias a nuestra sensopercepción, ¿cómo integramos dichos conceptos metafísicos a lo que actualmente interpretamos como verdad y posverdad? ¿Cómo conciliar el concepto de verdad según la metafísica trascendental kantiana? ¿La verdad radica en el fenómeno o el noúmeno? ¿O más bien puede estar en ambas? Para responder tal interrogante, recurriré a la metafísica de Hegel, filósofo idealista alemán de comienzos del siglo XIX. Hegel (1994) creía que todos

los fenómenos, desde la consciencia hasta las instituciones políticas, eran aspectos de un único espíritu, lo cual viene a ser un concepto asimilable a lo que entendemos hoy por hoy como mente o consciencia. Hegel era un monista porque creía que todos los conceptos son fenómenos de un solo ente, e idealista porque creía que, en último término, la realidad no es material, sino espiritual (entiéndase, utilizando un concepto más contemporáneo: mental). Hegel postuló que, con el paso del tiempo, todos los fenómenos al final terminan por integrarse al espíritu, a nuestra consciencia. Además, Hegel era consciente en cuanto a la mutabilidad histórica de los fenómenos como ciencia, religión o familia; los cuales van modificándose e integrándose al espíritu a través del proceso histórico que denominó dialéctica. Según Hegel, la filosofía no debía considerar presupuestos en su proceder lógico. No se debe suponer que las estructuras del pensamiento y la consciencia eran inmutables, de igual modo que no se debe suponer la preexistencia conceptual de un mundo nouménico y fenoménico. Más bien, para Hegel (1966) todos aquellos conceptos eran manifestaciones de lo que nombró espíritu, planteando que toda realidad es un todo del espíritu y que la totalidad del espíritu sigue un proceso histórico. De forma homóloga a como Aristóteles criticó el desdoblamiento innecesario que Platón hizo al hablar del mundo de las ideas y el mundo de las sombras, Hegel criticó la abstracción vacía del mundo en sí que Kant tildó como noumeno y que es incognoscible. Para Hegel, cualquier fenómeno manifiesto en la consciencia es en sí una verdad indisoluble que forma parte de un único espíritu.

Pienso que este pensamiento monista se condice analógicamente con ciertas realidades escudriñadas por otras ramas del conocimiento humano. En efecto, se sabe gracias a la física que todo ente material deriva del mismo origen común que generó el espacio-tiempo, y que todo espectro de energía no se crea ni se destruye, sólo se transforma. Todo enlace covalente o iónico de la materia opera bajo leyes termodinámicas idénticas. A su vez, todo pensamiento dentro de la mente nace a raíz de la interacción bioquímica entre neurotransmisores cerebrales dentro de determinados circuitos y redes neuronales del sistema nervioso central y periférico. Ergo, desde el pensamiento más genial hasta el delirio más disparatado comparten los mismos códigos biomoleculares para su concepción fenomenológica y nouménica; lo cual desde una visión hegeliana forma parte de un único espíritu, sin necesidad

de desdoblamientos metafísicos. Expuestas estas analogías, el monismo hegeliano plantea con estético idealismo que todo fenómeno surgido en la consciencia forma parte de un todo único y verdadero. Por medio de un retruécano, incluso siendo una mentira se tiene un componente de verdad: se es una mentira. Expongo esta paradoja para expresar que la posverdad no es un fenómeno contrapuesto a lo que constituye la verdad, siendo más bien un concepto operativo en cuanto a denominar lo que antiguamente llamaríamos mentira o calumnia. En lo que a ciencias sociales y fácticas refiere, la posverdad vendría a ser una antítesis reaccionaria en relación a la evidencia científico-social que ha pasado a reinar nuestra cotidianidad. Porque habitamos un mundo cada vez más complejo y especializado, donde la ciencia empírica ha pasado a formar parte integral de nuestro día a día y las ciencias sociales como la economía, sociología o antropología forman parte de nuestra consciencia colectiva. Un celular está confeccionado gracias al saber de la programación, la ingeniería metalúrgica y el diseño (por mencionar algunas disciplinas profesionales que trabajan en confeccionar un celular); un mensaje de Whatsapp persigue en la atmósfera el electromagnetismo que Nikola Tesla avizó; un medicamento que tomamos contra el dolor de cabeza ha sido probado con anterioridad en ensayos clínicos que contaron con la colaboración de miles de seres humanos voluntarios para comprobar su validez, y condenamos enfáticamente discursos antiguamente validados en contra de parejas homosexuales, apologías al supremacismo racial y al machismo aplicado a roles de género. La verdad científica e ingenieril habita hacia donde sea que enfoquemos nuestra atención, teniendo su contradicción una naturaleza probabilísticamente mayor en la actualidad que en el pasado, siendo por tanto la posverdad un vil fenómeno al cual la Humanidad siempre ha recurrido: creer a ciegas. Sin embargo, retomando el monismo hegeliano, su dialéctica histórica plantea que todo concepto sustentado como tesis conlleva inefablemente una antítesis. Por ejemplo, cuando se habla del *ser* instantáneamente se plantea la antítesis del *no ser*, pero estos contrapuntos se van superando a sí mismo a lo largo de la Historia con la síntesis hegeliana del *devenir*, alcanzándose de tal modo síntesis cada vez más elaboradas y complejas que terminan por conformar el saber humano. Otro ejemplo más práctico utilizado por Hegel, la tesis de libertad conlleva una antítesis de tiranía; generándose la síntesis de justicia en contraposición a estos dos conceptos. Pues bien, toda hipótesis científica conlleva en su contraparte la

posibilidad contraria, lo cual debiese demostrarse empíricamente. E incluso así, ante una nueva demostración científica surge una nueva antítesis que permitirá realizar otro nuevo descubrimiento: es el curso natural del progreso histórico sintetizado en el devenir de Hegel. Entonces, si se planteó en su oportunidad que la Tierra es un planeta tridimensional, implícitamente estuvo la posibilidad de que haya tenido otra forma volumétrica. Lo que resulta curioso e irritante, a fin de cuentas, es que un colectivo de personas no sea capaz de asimilar lo aseverado reiteradas veces a lo largo del tiempo por la comunidad científica, poniéndose naturalmente en duda su sanidad mental. En cierta forma, el credo en el *postfactum* por parte de nuevas comunidades humanas interconectadas en el mundo digital es un fenómeno homologable a lo que fueron las antiguas religiones en oposición al avance de la ciencia, con la salvedad que los credos *postfácticos* recurren a un discurso místico más que teológico. En suma, en lo que a psiquiatría respecta, una creencia religiosa por sí sola no basta para ser enjuiciada como psicopatológica. Como se aseveró con anterioridad, para realizar dicho diagnóstico se debe recurrir al método clínico fenomenológico.

Por último, en lo que respecta a la verdad, para Hegel lo verdadero es sinónimo del todo. El espíritu a través del cual vivenciamos nuestro entorno y nos vivenciamos a nosotros mismos corresponde a una única unidad capaz de experimentar el transcurso de la Historia. Para Hegel toda idea, todo pensamiento estaba concatenado a otro (Fausto y Fenomenología del espíritu, s.f.); lo cual, digámoslo, guarda cierta analogía con las formas cíclicas y algorítmicas del mundo natural que Goethe avizoró en su verso: "*El espíritu humano avanza de continuo, pero siempre en espiral*". En efecto, Goethe fue un poeta y dramaturgo del romanticismo alemán. Vate es sinónimo de poeta, y etimológicamente está emparentada con la palabra vaticinio. Los poetas de la Antigua Grecia formaban parte del oráculo de Delfos, tenían la capacidad de predecir el futuro y fueron expulsados de Grecia por Platón. En efecto, Goethe recurrió en un vocablo alemán que desconozco el concepto geométrico traducido por el vocablo *espiral* en español. De hecho, un ciclo proyectando su avance hacia el futuro puede ser imaginado en forma de espiral. Si observamos nuestro medio, nos daremos cuenta de que las formas cíclicas y espiraladas corresponden a un patrón geométrico reflejado constantemente en

las formas naturales. El material genético enrollado a través de la hélice de ADN, los orbitales del sistema solar y el espín del electrón, la insistente reiteración de las estaciones de Vivaldi, el ciclo menstrual, las cadenas tróficas vivientes, el ciclo del agua y el ciclo bioquímico de Krebs; todo corresponde a un circuito armónico de sucesiones causa-efecto capaces de sostenerse a sí mismas a lo largo del tiempo por medio de termodinámico equilibrio amparado en el aumento de entropía.

Concluyendo, no podemos experimentar ni razonar la verdad sin nuestra consciencia de por medio, siendo, a la postre, todo vivenciar del Universo un vivenciar primordialmente individual y subjetivo. Expuesto esto, la posverdad es una antítesis irritante del conocimiento científico y un patético recurso político social a la hora de persuadir a las masas con fines políticos-económicos, desfigurándole los hechos a las crédulas víctimas de la era del *postfactum*. El conflicto contemporáneo de las ciencias empírico-sociales con el fenómeno de la posverdad es un derivado contemporáneo de la antigua disputa que durante siglos sostuvo la comunidad científica en contra de la religión y el fanatismo; teniendo, incluso, algunos científicos que arriesgar sus vidas con tal de defender sus postulados, como fue el caso de Galileo Galilei. Felizmente, la luz de los hechos plasmados por la ciencia, así como sus incuestionables mejoras en lo que a condiciones de vida refiere, terminaron por inclinar la balanza a favor del empirismo y la evidencia científica. Dicho esto, si todo está imperceptiblemente interconectado, si los disparates propuestos en teorías conspirativas por el fenómeno de la posverdad se anclan en la misma naturaleza neuroquímica que llevó a brillantes científicos a descifrar cósmicas verdades, inevitablemente surgirá una consciencia colectiva que se encargue de seleccionar lo óptimo a favor del bienestar de la mayoría poblacional sostenida en el futuro, persiguiendo imperceptiblemente la Humanidad un estado de equilibrio en el medio social en el cual nos vemos desenvueltos. Pues bien, si las ideas descubiertas por las ciencias fácticas y sociales se encuentran del lado correcto del devenir histórico; si las nuevas ideas, inventos y descubrimientos proveen un mejor porvenir a la Humanidad, tal como ocurrió con el desplazamiento de las antiguas religiones, la ciencia no tiene nada que temer ante el fenómeno contemporáneo de la posverdad, puesto las ideas se van seleccionando según su utilidad para avanzar hacia el progreso común. Tal como la ciencia y el pensamiento intelectual

colaboraron a desplazar a la religión del poder de los Estados, la ciencia debe proseguir humildemente su camino, sin omitir el deber de involucrarse en cuanto a defender políticamente su labor. Al final, toda creencia, de resultar nociva, caerá por su propio peso. Si esto ocurre, la luz del bienestar provisto por la ciencia terminará siendo una y otra vez una síntesis aceptada como verdad incuestionable.

Referencias

Achenbach J. (2019). Terraplanistas, antivacunas, conspiranoicos, negacionistas... Crece el escepticismo hacia la ciencia. National Geographic España. Enlace disponible en: https://www.nationalgeographic.com.es/ciencia/grandes-reportajes/crece-el-escepticismo-hacia-la-ciencia-2_8953/5

Capponi R. (1992). Psicopatología y semiología psiquiátrica. Santiago de Chile. Editorial Universitaria.

Curran, H. V., Freeman, T. P., Mokrysz, C., Lewis, D. A., Morgan, C. J., & Parsons, L. H. (2016). Keep off the grass? Cannabis, cognition and addiction. *Nature reviews. Neuroscience*, 17(5), 293–306. <https://doi.org/10.1038/nrn.2016.28>

Elstein A.S. (2004). On the origins and development of evidence-based medicine and medical decision making. *Inflamm. Res.* 53 Suppl 2: S184-9. PMID 15338074. doi:10.1007/s00011-004-0357-2.

Fausto y la fenomenología del espíritu. (s.f.). Buscando a Wagner desesperadamente. [Visitado el 25 de agosto 2020]. Disponible en: https://sites.google.com/site/bustena/home/hegel_goethe

Gaebel, W., & Zielasek, J. (2015). Focus on psychosis. *Dialogues in clinical neuroscience*, 17(1), 9–18. <https://doi.org/10.31887/DCNS.2015.17.1/wgaebel>

Goreis, A., & Voracek, M. (2019). A Systematic Review and Meta-Analysis of Psychological Research on Conspiracy Beliefs: Field Characteristics, Measurement Instruments, and Associations With Personality Traits. *Frontiers in psychology*, 10, 205. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2019.00205>

Hegel, G. W. F. (1994). Lecciones sobre la filosofía de la historia universal (pp. 16, 41). Barcelona. Editorial Altaya.

Hegel, G.W.F. (1966). Fenomenología del espíritu. Madrid. Ediciones Fondo Cultura Económica. Enlace web disponible en: <http://biblio3.url.edu.gt/Libros/wilde/>

[fenomenologia.pdf](#)

Inmanuel Kant. (2005). *Crítica de la razón pura*. Segmento A51. Madrid, España. Ediciones Tauros. Disponible en <http://www.unizar.es/departamentos/filosofia/documents/kant-critica-de-la-razon-pura-ribas.pdf>

Ivanovic-Zuvic, Fernando. (2000). El legado de Karl Jaspers. *Revista chilena de neuro-psiquiatría*, 38(3), 157-165. <https://dx.doi.org/10.4067/S0717-92272000000300004>

Karl Jaspers. (1977). *Psicopatología General*. Buenos Aires. Editorial Beta

March, E., & Springer, J. (2019). Belief in conspiracy theories: The predictive role of schizotypy, Machiavellianism, and primary psychopathy. *PloS one*, 14(12), e0225964. <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0225964>

Pies, R., Pierre J. (2021). Creer en teorías de conspiración no es lo mismo que delirar. *Medscape*. [Visitado el 4 de abril de 2021] Enlace disponible en: <https://espanol.medscape.com/verarticulo/5906598>.

Real Academia Española. (s.f.). *Cultura. Diccionario de la lengua española*. [Visitado el 19 de octubre 2020]. Disponible en: <https://dle.rae.es/posverdad>

Rojas Malpica C, López Frank et al. (2019). *Psiquiatría y salud mental en la posverdad contemporánea*. Carabobo, Venezuela. *Rev GPU* 2019; 15; 1: 81-89

Tononi, G., & Koch, C. (2015). Consciousness: here, there and everywhere?. *Philosophical transactions of the Royal Society of London. Series B, Biological sciences*. Vol: 370. Issue: 1668, 20140167. <https://doi.org/10.1098/rstb.2014.0167>

Volkow, N. D., Swanson, J. M., Evins, A. E., DeLisi, L. E., Meier, M. H., Gonzalez, R, Baler, R. (2016). Effects of Cannabis Use on Human Behavior, Including Cognition, Motivation, and Psychosis: A Review. *JAMA Psychiatry*, 73(3), 292.[doi:10.1001/jamapsychiatry.2015.3278](https://doi.org/10.1001/jamapsychiatry.2015.3278)